

ÍNDICE

Hola, me llamo Ana y soy periodista.....	7
Crónica I. El día que mi madre salió volando .	13
Crónica II. Cómo dormir a un león.....	19
Crónica III. La casa se va de paseo.....	31
Crónica IV. El abuelo ¿viene? de visita y cenamos tortilla	47
Crónica V. Una temporada gato o el día que comencé a temer por mi vida	65

Hola, me llamo Ana y soy periodista

Mi abuela me ha dicho que es importante hacer una presentación de los hechos, para ubicar a los lectores. Ya habréis podido comprobar, con esa maravillosa frase, lo bien que me expreso. Eso es porque soy periodista, como mi abuela. Pero no cualquier tipo de periodista: soy una periodista seria, de crónicas. Ella, mi abuela, me está enseñando.

Me llamo Ana y tengo nueve años, casi diez. Tengo una hermana pequeña, ahora tiene cuatro, pero cuando comenzaron a suceder las cosas que os voy a contar, yo tenía siete años y Sol, así se llama mi hermana, tenía dos. Puede parecer poca cosa, pero nosotras, las niñas, sabemos que dos años son muchos. Por ejemplo, mi hermana todavía usaba pañales y casi no sabía hablar, ahora

© del texto: Mar Benegas, 2016

© de las ilustraciones: Lucía Serrano, 2016

© de esta edición: Milenio Publicaciones, S.L, 2015

C/ Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida

editorial@edmilenio.com

www.edmilenio.com

Primera edición: febrero de 2016

ISBN: 978-84-9743-718-9

DL L 40-2016

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S.L

www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

habla por los codos. Habla todo el rato, sin parar, es como una máquina de hacer preguntas: dos mil preguntas por minuto. Si estás mucho rato con ella terminas con dolor de cabeza, en serio. Sin embargo, yo no he cambiado tanto, solo en algunas cosas sin importancia. A los siete años todavía no me dejaban ir sola a comprar el pan, ni era capaz de ir en bicicleta de dos ruedas. Aparte de eso, en todo lo demás, sigo siendo la misma. Menos los dientes, que se me han caído y me han salido otros más grandes. Ahora parezco una ardilla, según dice mi padre. Mi madre me dijo que si seguía así, el Ratoncito Pérez iba a quedarse totalmente en la ruina. Pero yo no lo creo. Debe tener un buen negocio montado con los dientes. Cada vez que se me cae uno me deja un billete de cinco euros. Seguro que en el mercado de dientes valen mucho más.

En fin, a lo que iba, que la vida de una niña es muy inestable y cambiante. Por eso, lo que os voy a contar me subió los niveles de ansiedad. Aunque mi padre dice que los niños no tenemos ansiedad y que tengo mucho cuento. Yo, sinceramente, ya estaba bastante ansiosa desde que nació mi hermana. Dejé de poder hacer un montón de

cosas y comenzó a despertarme por las noches. Me ponía furiosa cuando lloraba sin parar y sin que nadie supiera por qué. Me enfadaba muchísimo cuando me llenaba mis juguetes de pasta de galletas. Sí, esa pasta que crean los bebés cuando se meten una galleta en la boca. Andaba todo el día pringando todo. Ella misma estaba rebozada en pasta de galletas: las manos, la cara, la boca, la ropa, y, por supuesto, todo lo que tocaba. Era como el Monstruo de las Galletas pero en pequeño. Además, Sol, hacía todo eso que hacen los bebés: romper las cosas, pintarlas, llenarlas de babas, o, lo más increíble de todo: era capaz de vomitar sin mover la cabeza ni un milímetro. Le daba igual que todos estuviéramos alrededor de la mesa comiendo; ella, en su trona, abría la boca y, sin despeinarse siquiera, lo soltaba. Era un asco. Ella hacía todas esas cosas que, si se me hubiera ocurrido hacerlas a mí, todavía estarían echándome el sermón. Y, claro, yo me ponía nerviosa, me cargaba sus juguetes y la odiaba con toda mi alma, lo normal, vaya.

Pero eso ya es pasado, bueno, tal vez no tanto, aunque al menos ya podemos jugar juntas. Tam-



bién la protejo si alguien se mete con ella, claro. Mi madre dijo que es un instinto animal, porque hace un par de semanas le puse la zancadilla a un niño de su clase que le acababa de robar el bocadillo. El problema fue que me vio la profesora y llamaron a mis padres: “Es un instinto animal: ha empezado a cuidarla. Está superando los celos. Aprenderá a controlarse, ¿verdad, Ana?” “¿Qué celos? ¡Le había robado el bocadillo!”, pensé yo. Pero dije: “Sí, mamá, claro”.

En mi cumpleaños número siete, me regalaron una grabadora. Fue mi abuela, ya os he hablado antes de ella. Me dijo que, como yo hacía tantas preguntas, sabría sacarle jugo al regalo, que llevaba en la sangre su pasión por las entrevistas. Yo pensé que para campeona de las preguntas teníamos a Sol, pero me callé. Mi abuela sabe bien lo que se hace, tenía toda la razón del mundo: a la grabadora le saqué mucho jugo. Gracias a ella os puedo contar todo lo que sucedió, porque, al poco tiempo de mi cumpleaños, comenzaron a suceder cosas extrañas, muy extrañas.

Voy a contaros lo que pasó por orden cronológico, esa palabra, *cronológico*, es muy importante